

NARRACIONES TERRORIFICAS



DICKENS
COLLINS
LOVECRAFT
"SAKI"
AICKMAN
TIMPERLEY
HARTLEY
BELKNEP
MARTHBAÑEZ
CURLING
ASQUITH
BARLAY
BRION
ARTHUR
SANSOM
FRAME
BLOCH
ÁLVAREZ VILLAR

SÉPTIMA SELECCION

Antología de cuentos de misterio de diferentes autores, publicados por la editorial ACERVO durante los años 1960 y 1970, que se editó en una colección de diez tomos.

EL CAPITÁN ASESINO

CHARLES DICKENS

Si todos nosotros conociéramos nuestras propias mentes (en un sentido más amplio que el de la acepción vulgar de esa frase), sospecho que descubriríamos que nuestras niñeras son responsables de la mayoría de los rincones oscuros de los cuales nos vemos obligados a apartarnos, contra nuestra voluntad.

El primer personaje diabólico que se introdujo en mi apacible infancia fue un tal Capitán Asesino. Aquel individuo debió de ser un vástago de la familia de Barba Azul, aunque en aquella época yo no tenía la menor sospecha de tal consanguinidad. Al parecer, su insinuante nombre no despertó ningún prejuicio contra él, ya que fue admitido en la mejor sociedad y poseía una inmensa riqueza. La misión del Capitán Asesino era el matrimonio, para saciar con sus tiernas esposas un apetito caníbal. El día de su boda, hacía adornar los dos lados del camino que conducía a la iglesia con unas extrañas flores; y cuando la novia le preguntaba: «Querido Capitán Asesino, nunca había visto flores como éstas... ¿Cómo se llaman?», él contestaba: «Se llaman Adezcos para Corderitas», y estallaba en una horrible carcajada, llenando de inquietud a los acompañantes de la novia al mostrar por primera vez sus blancos y afilados dientes. Todos los caballos del Capitán Asesino eran blancos como la leche, con una mancha roja en el lomo que él procuraba ocultar con los arreos. Ya que la mancha *aparecía* en los caballos a pesar de que todos eran blancos como la leche cuando el Capitán Asesino los compraba. Y la mancha era de sangre de la joven desposada (a ese terrorífico detalle debo mi primera experiencia personal de un estremecimiento y de heladas perlas de sudor en la frente). Después de celebrar el banquete de bodas y de despedir a sus nobles huéspedes, el Capitán Asesino se quedaba a solas con

su esposa. Al día siguiente, tenía la costumbre de sacar de una alacena un tablero de plata para amasar y un rodillo de oro. Hay que aclarar que el Capitán Asesino, mientras duraba su cortejo, preguntaba siempre si su futura esposa sabía confeccionar un pastel; y si por naturaleza o educación ignoraba aquel arte, debía aprenderlo. Bien. Cuando la esposa veía que el Capitán Asesino sacaba el tablero de plata y el rodillo de oro, recordaba aquel detalle y se subía las mangas de su vestido de encaje para hacer un pastel. A continuación, el Capitán sacaba un enorme recipiente de plata, harina, mantequilla, huevos y todo lo necesario, excepto el relleno para el pastel. La encantadora esposa preguntaba: «Querido Capitán Asesino, ¿de qué va a ser el pastel?» Y él contestaba: «De carne.» La esposa insistía: «No veo la carne por ninguna parte.» Y el Capitán replicaba jocosamente: «Mira en el espejo.» Ella miraba en el espejo, pero continuaba sin ver carne, y entonces el Capitán estallaba en una ruidosa carcajada. Luego, frunciendo repentinamente el ceño, desenvainaba su espada y le ordenaba a su esposa que amasara la harina con los demás ingredientes. De modo que ella amasaba la harina, dejando caer unos grandes lagrimones sobre ella a causa de lo pesado de la tarea. Cuando la pasta estaba preparada y colocada en el recipiente de plata, el Capitán decía: «Yo veo la carne en el espejo.» Y entonces la esposa volvía a mirar al espejo, a tiempo para ver cómo el Capitán le cortaba la cabeza con su espada; y luego cortaba el cuerpo de su esposa a pedacitos, los aderezaba con sal y pimienta, rellenaba con ellos el pastel, lo hacía cocer en el horno y se lo comía todo.

El Capitán Asesino se había comido así a numerosas mujeres, cuando se encontró en el caso de escoger esposa entre dos hermanas mellizas. Al principio no sabía a cuál de las dos escoger, ya que a pesar de que una de ellas era rubia y la otra morena, las dos eran igualmente hermosas. Pero la rubia le amaba, y la morena le odiaba, de modo que escogió a la rubia. La morena hubiera impedido que se ce-

lebrara la boda de contar con medios para ello, pero no pudo hacer nada; sin embargo, la noche anterior a la boda, llena de sospechas hacia el Capitán Asesino, se introdujo en el jardín de la casa del Capitán trepando por la tapia y le espió a través de una rendija de la persiana de una ventana. Desde allí vio cómo el Capitán Asesino se afilaba los dientes. Dos días después, como de costumbre, el Capitán hizo que su rubia esposa amasara la harina y los otros ingredientes, y cuando la pasta estuvo preparada le cortó la cabeza a la desdichada, la hizo pedacitos, los aderezó con sal y pimienta y rellenoó con ellos el pastel, lo hizo cocer en el horno y se lo comió todo.

La hermana morena, al enterarse de que su hermana había muerto, adivinó la verdad y decidió vengarse. De modo que se dirigió a la casa del Capitán Asesino y llamó a la puerta. Y cuando salió el Capitán, le dijo: «Querido Capitán Asesino, ahora que mi hermana ha muerto quisiera casarme contigo. Siempre te he amado, pero estaba celosa de mi hermana.» El Capitán quedó encantado y la boda se concertó para muy pronto. El día anterior al de la ceremonia, la hermana morena volvió a introducirse en el jardín de la casa del Capitán y volvió a espiarle a través de la ventana, viendo cómo afilaba sus dientes. Ante aquel espectáculo, la muchacha prorrumpió en una horrible risotada. El Capitán, sobresaltado, abrió la ventana y taladró con su mirada la oscuridad, tratando de descubrir la fuente de aquella extraña risa. Pero no vio a nadie.

Al día siguiente se celebró la boda, y al otro día el Capitán Asesino ordenó a su nueva esposa que amasara la harina y los otros ingredientes, y cuando la pasta estuvo preparada le cortó la cabeza a la desdichada, la hizo pedacitos, los aderezó con sal y pimienta y rellenoó con ellos el pastel, lo hizo cocer en el horno y se lo comió todo.

Pero, antes de empezar a amasar la harina, la hermana morena había ingerido un veneno de efectos terribles, destilado de ojos de sapos y patas de arañas; y apenas el Capi-

tán Asesino había engullido el último bocado cuando empezó a hincharse, y a ponerse azulado, y a gritar. Y continuó hinchándose y poniéndose azulado, y gritando desesperadamente, hasta que su cuerpo llegó desde el suelo hasta el techo y de pared a pared; y luego, a la una de la mañana, estalló con una fuerte explosión. Al oír aquel estrépito, todos los caballos que se encontraban en los establos, blancos como la leche, enloquecieron súbitamente y, rompiendo sus trabas, echaron a correr, atropellando a todos los que habían tenido algo que ver con el Capitán Asesino (empezando por la familia del herrero que había afilado sus dientes), hasta que todos estuvieron muertos. Luego, los caballos se alejaron al galope.

LA MUJER DEL SUEÑO

WILKIE COLLINS

I

HACÍA poco más de seis semanas que me había establecido en la comarca, cuando fui llamado por el médico de una ciudad vecina para celebrar una consulta sobre un caso muy grave.

La noche anterior, tras una larga cabalgada, mi caballo resbaló arrastrándome en su caída, pero, por su suerte, su lesión fue más grave que la mía. Así, al no poder contar con los servicios del animal, me vi obligado a tomar la diligencia (aún no había ferrocarril en aquel tiempo). Confiaba estar de vuelta el mismo día, por la tarde.

Una vez terminada la consulta fui a la posada más importante de la ciudad para aguardar la diligencia. Pero llegó tan llena que no me quedó otra solución para regresar a mi casa, gastando la menor cantidad de dinero posible, que alquilar un calesín. El precio que me pidieron me pareció exorbitante y, por esto, me decidí a buscar otra posada con menos pretensiones.

Pronto encontré una casa de apariencia apropiada, deslucida y sencilla, con aspecto anticuado y que, evidentemente, hacía años que no había sido pintada. El posadero, en este caso, no pretendería grandes beneficios y tan pronto como llegamos a un acuerdo, tocó la campanilla del patio para ordenar el calesín.

—¿Aún no ha regresado Roberto del recado? —preguntó el encargado de la posada al camarero que había acudido a la llamada.

—No, señor, aún no ha regresado.

—Bien, en este caso despierta a Isaac.

—¡Que despierte a Isaac! —repetí—. Esto resulta extraño. ¿Es que sus mozos duermen durante el día?

—Éste sí —dijo el posadero, sonriendo de una manera enigmática.

—Y también sueña —añadió el camarero.

—Pero no se preocupe usted —replicó el patrón—. Llama a Isaac, el caballero está esperando su calesín.

El comportamiento, tanto del patrón como del camarero, indicaba mucho más de lo que uno y otro habían dicho. Esto me hizo sospechar que quizás había algo que podía interesarme profesionalmente. Pensé que no estaría de más echar una ojeada al mozo antes de que el camarero le despertara.

—Un momento —interpuse—. Me gustaría ver a ese hombre antes de que se despertara. Soy médico y, si esta singular manera de dormir y soñar procede de algún defecto cerebral, quizá pueda hacer algo por él.

—Me temo que hallará su dolencia fuera del alcance de la medicina —dijo el posadero—. Pero si usted desea verle, no hay ningún inconveniente.

Me acompañó a través del patio; por un corredor, descendimos al establo. Abrió una de sus puertas y, quedándose fuera, me dejó pasar.

Me encontré en un establo partido en dos compartimientos. En uno había un caballo masticando su ración de maíz; en el otro, un viejo dormido sobre la paja.

Me agaché para observarle. Tenía la cara enjuta, cansada. Sus cejas estaban dolorosamente contraídas, la boca apretada y torcida hacia las comisuras. Las mejillas hundidas y arrugadas y sus pocos cabellos grises denotaban una historia de pasados sufrimientos y desventuras. Cuando le miré por vez primera respiraba convulsivamente pero, inmediatamente, empezó a hablar en sueños.

«Levantaos», oí que decía en un murmullo precipitado a través de los dientes. «Levantaos. ¡Asesino!»

Movió con lentitud su brazo escuálido hasta apoyarlo en su garganta, temblando ligeramente, y se volvió sobre la paja. Luego, apartó el brazo de la garganta, alargó la mano hacia el lado que se había vuelto y la cerró, como si se agarrara al borde de alguna cosa. Vi que sus labios se movían, y me aproximé a él.

«Ojos grises claros, el párpado izquierdo caído; cabellos rubios... con una raya dorada... brazos blancos con vello... manos pequeñas, aristocráticas, con un matiz coloreado bajo las uñas. El cuchillo... siempre el cuchillo maldito... primero a un lado, luego al otro. ¡Ah! ¡Demonio! ¿Dónde tienes el cuchillo?»

Alzó la voz al proferir esta última palabra y se excitó. Vi que temblaba sobre la paja; su arrugada cara quedó torcida. Levantó las manos, dando una boqueada rápida e histérica, y chocó contra el pesebre, debajo del cual estaba tendido. El golpe le despertó. Tuve el tiempo preciso para escabullirme por la puerta y cerrarla, antes de que abriera completamente los ojos y recobrará el sentido.

—¿Conoce usted la vida de este hombre? —pregunté al posadero.

—Sí, señor. La conozco muy bien —contestó—. En realidad es una historia bastante extraña. Casi nadie la cree pero, a pesar de ello, es cierta. Basta mirarle —continuó el posadero, abriendo de nuevo la puerta del establo—. ¡Pobre diablo! Está tan agotado que se ha dormido otra vez.

—No le despierte —dije—. En realidad no tengo prisa. Esperaré hasta que vuelva de su recado el otro mozo. Y, mientras tanto, tomaré un bocado junto con una botella de jerez, y quizás usted podría ayudarme a terminar con ella.

Como había supuesto, la cordialidad de mi posadero se acrecentó gracias a su propio vino. Empezó a mostrarse comunicativo con respecto al hombre que dormía en el establo, y, poco a poco, fui sonsacándole toda la historia. Aunque los acontecimientos pueden parecer extravagantes e

increíbles, los relato aquí tal como me fueron contados y tal como sucedieron.

II

Hace algunos años vivía en los suburbios de una gran ciudad de la costa oriental de Inglaterra un hombre de condición humilde llamado Isaac Scatchard. Hacía trabajos de palafrenero y, ocasionalmente, cuando los tiempos eran mejores, se empleaba como mozo de cuadra de alguna casa particular. Aunque era un hombre honrado y trabajador, daba continuos tumbos en su trabajo. Su mala suerte era proverbial entre sus vecinos. Perdía todas las buenas oportunidades, aunque no por su culpa. Nunca lograba que le pagaran puntualmente el salario quienes le tenían a su servicio. «El desgraciado Isaac» era su sobrenombre en el vecindario y, desde luego, nadie podía negar que lo merecía.

Su participación en la adversidad era mucho mayor de la que normalmente soporta cualquier persona. Isaac contaba únicamente con un consuelo para reconfortarse, aunque era de índole negativa: no tenía esposa e hijos que pudieran incrementar su ansiedad. Quizá se debiera a mera insensibilidad, o quizás a una renuncia generosa para no involucrar a otras personas en su destino desgraciado, pero lo cierto es que había llegado a la mitad de su vida sin haber contraído matrimonio y sin haberse aventurado, ni una sola vez, desde los dieciocho hasta los treinta y ocho años, a la agradable inculpación de un noviazgo.

Cuando estaba sin trabajo, vivía con su madre, viuda. Mistress Scatchard, dentro de su humilde condición, era una mujer que estaba por encima del término medio, en cuanto a capacidad y modales. Había conocido tiempos

mejores, como suele decirse, pero nunca hablaba de ellos ante los visitantes curiosos. Aunque extremadamente cortés con todo el mundo, jamás mantuvo intimidad con sus vecinos. Procuraba satisfacer, aunque con dificultad, sus sencillas necesidades confeccionando prendas por encargo de algún sastre. Se ingeniaba para conservar la casa bien arreglada para su hijo, cuando regresaba impulsado por su mala suerte.

Isaac se aproximaba rápidamente a los cuarenta años y se hallaba como de costumbre sin empleo, aunque no por culpa suya. Una mañana de un frío otoño salió de la casucha de su madre y emprendió una larga caminata hacia el interior. Su intención era presentarse en casa de un caballero donde, según había oído, necesitaban un mozo de cuadra.

Faltaban solamente dos días para su cumpleaños. Antes de la partida, mistress Scatchard, con su acostumbrado cariño, le hizo prometer que regresaría a tiempo de poder celebrar juntos aquel aniversario, naturalmente, de acuerdo con sus escasos medios. Podía cumplir con facilidad este deseo de su madre, aunque se viera obligado a pernoctar dos veces durante el viaje.

Saliendo el lunes por la mañana, tanto si lograba o no la nueva plaza, estaría de regreso para la comida de su cumpleaños, el miércoles a las dos en punto.

Como sea que el lunes por la noche llegó demasiado tarde a su destino, para poder solicitar la plaza deseada durmió en una posada del pueblo; y el martes, a primeras horas de la mañana, se presentó en la mansión del caballero, para ocupar el puesto vacante. Como siempre, le persiguió su inexorable mala suerte. Las excelentes cartas de presentación que exhibió, avalando su persona, no le sirvieron para nada; su larga caminata había sido en vano. El día anterior la plaza de ayudante de cuadra había sido otorgada a otra persona.

Isaac aceptó este nuevo desengaño como una cosa natural. Su mente no era vivaz, tenía la sensibilidad embotada y la flemática paciencia que suele caracterizar a las personas de comprensión tardía. Con sencilla amabilidad dio las gracias al mayordomo del caballero por haberle recibido y se despidió sin dar muestras de desaliento en su cara o actitud.

Antes de partir para su casa, se informó en la posada que en su viaje de regreso podía ahorrarse algunas millas siguiendo otro camino. Contando con una información completa, que le fue repetida varias veces, sobre las diversas desviaciones que debía seguir, emprendió la marcha. Anduvo durante todo el día. Sólo hizo una parada para tomar un bocado de pan y queso y, cuando ya oscurecía, se levantó viento y comenzó a llover. Para empeorar su situación, se hallaba en una parte del país que le era completamente desconocida, aunque sabía que le quedaban unas quince millas para llegar a su destino. La primera casa que encontró era una fonda solitaria, al pie de la carretera y en las inmediaciones de un bosque selvático. Aunque el lugar era solitario, resultaba un gran alivio para un hombre perdido, hambriento, sediento y con los pies enlodados. El posadero era persona cortés y de aspecto respetable. Como el precio que le pidió por la cama era bastante razonable, Isaac optó por un descanso confortable durante la noche.

Era un hombre sobrio por naturaleza. Su cena consistió en dos lonjas de tocino y dos rebanadas de pan casero y una pinta de cerveza. No fue a la cama inmediatamente después de esta frugal comida, sino que se quedó con el posadero hablando de su triste situación y continua mala suerte. Después, pasaron a charlar de la carne de caballo y de las carreras.

Ni el posadero ni los pocos jornaleros que entraron en el establecimiento dijeron absolutamente nada que pudiera excitar las menguadas y entumecidas facultades imaginativas de Isaac.

Poco después de las once, cerraron la posada. Isaac acompañó al posadero, llevando un candelabro mientras cerraba las, puertas y ventanas de la planta baja. Con sorpresa, se dio cuenta de la reciedumbre de los cerrojos, barrotes y de los postigos reforzados con plancha de hierro.

—Comprenderá usted. Aquí vivimos muy aislados —dijo el posadero—. Hasta ahora nunca han intentado robarnos, pero es preferible estar bien protegidos. Cuando no tenemos huéspedes, yo soy el único hombre de la casa. Mi esposa y mi hija son miedosas y las criadas también. ¿Otro vaso de cerveza antes de ir a la cama? ¿No? No comprendo cómo es posible que una persona tan sobria como usted se halle sin ocupación. Aquí es donde dormirá usted. Esta noche es el único huésped. Supongo que se habrá dado cuenta de que mi mujer ha hecho todo lo posible para que se encuentre cómodo. ¿Está completamente seguro de que no tomaría otro vaso de cerveza? Bien, bien, buenas noches.

Eran las once y media en el reloj del corredor cuando subieron al dormitorio. La ventana de la habitación daba al bosque, que llegaba hasta la parte posterior de la casa.

Isaac cerró la puerta, colocó el candelabro sobre la cómoda y se preparó para acostarse. Aún soplabla el viento frío de otoño y resultaba terrible oír, en el silencio de la noche, su quejumbroso e irregular lamento. Isaac se sentía desvelado. Resolvió, mientras se metía en la cama, conservar la bujía encendida hasta que comenzara a adormilarse, pues le resultaba insoportable la sola idea de estar despierto en la oscuridad, oyendo aquel fúnebre e incesante gemido.

Quedó dormido. Se cerraron sus ojos y se durmió sin que asomara por su mente la idea de apagar la bujía.

La primera sensación consciente después de haber quedado dormido fue un extraño escalofrío que recorrió su cuerpo de la cabeza a los pies y un dolor tan penetrante y angustioso en su corazón que jamás había experimentado.